

Del lápiz grafito al lápiz pasta

Rodrigo Espinoza Vásquez
Psicopedagogo

Correo electrónico: respinoza.psicopedagogia@gmail.com
Marzo de 2014, La Serena. Chile.

“No debemos considerar que nuestro pasado está establecido definitivamente... Mi pasado varía a cada minuto, en función del significado que se le da ahora, en este momento”
Czeslaw Milosz

La costumbre por sobre la reflexión

Pasar del uso del lápiz grafito al de pasta implica un hecho significativo para muchos estudiantes. Es como ir de la niñez a la adolescencia, una especie de klóketen postmoderno, en el que muchos niños ansían el uso de un tipo de lápiz por sobre otro. Una ventana a la adultez, mediante la marca indeleble de una tinta que es difícil de borrar. No así el lápiz grafito que por esencia es efímero y sutil, humilde a más no poder.

Profesoras y profesores en una gran mayoría fomentan el uso de lápiz grafito hasta cuarto año básico, dejando para “cuando sean más grandes” el uso de lápiz pasta. Ya en quinto básico, el lápiz permanente es obligatorio, porque “ahora sí que están más grandes”, por lo tanto, deben demostrarlo. Sin embargo, esto va más allá del “ser grandes”, permitiéndoles ciertas licencias socialmente aceptadas y validadas,

entre ellas: marcar una diferencia con el resto de los niños más pequeños y pertenecer a una cohorte que es capaz de usar el lápiz pasta en desmedro del grafito.

La (im)posibilidad de equivocarse

Este ir más allá se relaciona con otro tema, uno algo más complejo que el solo hecho de cambiar de lápiz. Desde una visión de la realidad que segmenta el desarrollo infantil es posible considerar que los niños pasan de un estadio a otro, en el que buscan una cierta libertad escolar que el uso del lápiz pasta entrega. Asimismo, hay algo interesante en los mensajes que los adultos – y luego ellos mismos- entregan sobre este cambio, implicando la renuncia progresiva a asumir los errores y las equivocaciones; prácticamente una trinchera de lo inequívoco, pues el niño que escribe con lápiz pasta (y que ya no puede usar lápiz grafito) pierde el derecho a equivocarse. ¿Es

necesario coartar la libertad de equivocación que cada niño necesita?, ¿cuál es el fin de todas estas exigencias? Respuestas aun no encuentro. De hecho las busco y ninguna me hace sentido. Muchas de ellas transitan en la necesidad de control de los adultos y la costumbre, pero ninguna entrega evidencias claras de que sea adecuado. Una que se me ocurre es aquella que surge de la desconfianza. “Si hacen la prueba con lápiz pasta, no pueden cambiar nada que previamente yo haya corregido y por lo tanto no me podrán engañar”, esta cita es la síntesis que surge a partir de conversaciones con diversos profesores.

Un error no es otra cosa que la comprobación de pasos posibles para llegar a lo probable y de ahí a lo realizable. Un científico que pone en marcha una idea a través de la observación y la experimentación tendrá que errar mil veces antes de dar con un resultado (tal vez) esperado. No es casualidad que muchos de los beneficios que obtenemos en la actualidad han sido parte de este constante descubrir, mirar y equivocarse. Pero el escolar no tiene esa posibilidad. “No se aceptan borradores ni uso de corrector”... “escriba con lápiz pasta sólo cuando esté seguro”... un niño que sin saber que se ha equivocado (en dar la respuesta esperada) hasta que le sea devuelta la prueba, difícilmente podrá

aprender del error, que además depende de lo que haya sido esperado que respondiera.

El uso de lápiz pasta limita las posibilidades de algo nuevo, impide que cuando el niño comprenda profundamente un aprendizaje lo corrija. Esto puede sonar exagerado, pero es algo que es cotidiano. Ver los ojos de un niño que sabe que se equivocó, pero que no tiene posibilidades de remediarlo en un acto tan simple como borrar, es un hecho conmovedor. Cambia su cara al decirle que no se preocupe, que todos nos equivocamos y que tiene todo el derecho a borrar, rayar y replantear sus ideas. Es ahí también donde se produce la maravilla del aprender. Cuando el niño puede modificar algo, cuando puede reemplazar e innovar, darle una vuelta y otra más si quiere. Es ahí cuando capta la esencia del aprender.

El uso de lápiz pasta es una imposición consuetudinaria, una tradición que se basa en la desconfianza y en la imposibilidad de reflexionar sobre el error. Le quita el piso al niño de que no se puede confundir, que eso es castigado porque “tú ya eres grande”... ¿grande para qué, me pregunto? Grande para no utilizar una goma, para no admitir que en su aprender hay posibilidades de error, de inexactitud y que son esas justamente las que permiten que avance en su aprender.